

blo durante largos años. Sus artículos de divulgación en revistas y diarios, artículos no igualados por nadie, popularizaron los conocimientos básicos de la ciencia y de la industria, los últimos inventos y los descubrimientos más misteriosos. ¡Con qué deleite pueden leerse hoy! Y entonces, ¡cuántos cerebros, dormidos por la especulación, recibieron esas maravillosas notas periodísticas la conmoción que despertaba a un investigador en potencia, pues, por su forma sugestiva y por la claridad y por la profundidad de los conceptos, obraron como talismanes misteriosos para muchos cerebros, cerrados hasta entonces a la luz de la verdad.

En sus lecciones en la Escuela de Caminos, en sus conferencias en el Ateneo y, finalmente, en sus admirables lecciones en la Facultad de Ciencias, fué el hombre de avanzada, el que volcó en nuestro solar la riqueza matemática de otros pueblos, iniciando a las generaciones que hoy preparan el resurgimiento español, abriendo puertas y ventanas a todos los puntos de horizonte científico. Sin la labor enciclopédica de Echeagaray, como sin el ejemplo venerable de Cajal, tal vez la cultura e investigación españolas seguirían en la atonía del pasado siglo.

Por ello es un deber de todos los españoles, que caminamos, ni envidiosos ni envidiados, por los ricos y a veces abruptos caminos de la ciencia, glorificar al maestro de todos, elevar la expresión máxima y ferviente de nuestra admiración al que será en la Historia el precursor de nuestro engrandecimiento.

En el momento más combatido de su vida, cuando el huracán revolucionario le lanza a la vida política y le entroniza en el Ministerio de Fomento, si grande es la figura del ingeniero a quien se debe la iniciación de nuestra red de ferrocarriles, de nuestros puertos, de nuestros pantanos, no es menos grande, aunque ha sido más olvidada, su labor rigiendo la Instrucción pública. Yo he oído multitud de veces ensalzar, como acto excepcional en la vida cultural del Estado, la creación y organización del Instituto Geográfico, Estadístico y Catastral, para glorificar al insigne general Ibáñez. Pues bien: el decreto de creación, como todos los conducentes a establecer sobre bases científicas la estadística, el mapa y el catastro, llevan la firma de D. José Echeagaray.

Y en enseñanza, en sus decretos, órdenes y circulares, siempre aparece el hombre laico, cenútime, respetuoso con la conciencia ajena, defensor de la propia, paladín de la libertad de la cátedra, aunque imponga al Profesorado, en todos sus grados, la obligación de prestar juramento a la Constitución para posesionarse de su cargo. Él impulsa la creación de centros de enseñanza, estimulando a Diputaciones y Municipios para que se multipliquen las escuelas de todo género, cuyo principal objeto, según palabras de un decreto suyo, es

"cultivar la inteligencia y formar el corazón de la juventud, devolviendo a la sociedad sus hijos dotados de la instrucción necesaria para que sean después dignos ciudadanos".

Él establece en toda la Península multitud de bibliotecas útiles a la industria y a las escuelas, colección de mineras útiles a la industria y a la agricultura, porque estima que en la educación y en el conocimiento de la Naturaleza está la verdadera revolución del mañana; y, maestro siempre, sabe que nada pueden los hechos, por trascendentales o profundos que sean, si los espíritus y dé solidez a la obra; que no es el bruto golpe del cincel el que labró la Venus de Milo, sino el genial espíritu que impulsaba el brazo del artista.

Fué Echeagaray el que en el preámbulo de un decreto señalaba la ruta a seguir en los Institutos de Segunda enseñanza, indicando la necesidad de un plan de organización que fundiera con la cultura general los conocimientos artísticos, industriales y comerciales que preparasen al hombre para los diversos oficios y profesiones; y es más: llegó a autorizar a la Universidad para organizar enseñanzas donde se formarían los funcionarios de la Administración, visión clara de lo que debiera ser una perfecta máquina estatal.

No es posible agotar ni aun exponer en corto tiempo toda su labor ejemplar. Baste lo dicho para demostrar que desde las cimas del Gobierno era faro esplendente que puso un destello orientador en el porvenir cultural de España.

¡Lástima que el talento y la visión política de otros hombres de aquella época no hubieran estado a igual altura, cooperando a la salvación definitiva de nuestra Patria!

No quiero terminar estas incoherentes frases, hijas de mi admiración, con un latiguello indigno de mi maestro. Prefiero que le oigáis a él en las frases con que encabeza un decreto de 1870, palabras de actualidad palpante:

"Las revoluciones políticas son estériles si no llevan su espíritu y su fuerza a los varios elementos que constituyen el organismo social; si no consiguen que a los nuevos principios se amolden leyes, instituciones y costumbres, y que todo ceda al poderoso influjo y a la transformadora acción de la nueva idea. Cambiar la superficie, dejando inalterable el fondo, es sustituir a la realidad la apariencia; y, por otra parte, una vez emprendido el verdadero trabajo interno, detenerse, antes de llegar al fin, es, no sólo dejar incompleta la obra comenzada, sino abandonarla imprudentemente a los azares del tiempo o a los repetidos embates reaccionarios, a los que, por desgracia, siempre cede lo que es superficial, a los que siempre resiste lo que en sólidos y profundos cimientos se apoya."

Pedro CARRASCO

Echeagaray

Honrar la memoria de sus hombres representativos es, para los pueblos, no sólo deber de gratitud, sino, además, ocasión y fuente de utilísima enseñanza, porque en ellos pueden ver exaltadas al máximo, o felizmente combinadas, sus energías profundas y las excelentes virtudes de la raza, destacando en un ambiente a veces estimulante, en ocasiones esterilizador.

Si ello no fuera tan patente, el ejemplo de D. José Echeagaray, cuyo nacimiento conmemoramos, serviría a maravilla para la demostración de esta verdad. Nació en Madrid, de padre aragonés y de madre vasca, se trasladó con su familia, muy niño todavía, a Murcia, donde

recibe la primera educación, y a Madrid vuelve para estudiar la carrera de ingeniero de Caminos, a la que le empuja su vocación científica, desde muy temprano despertada. No le guiaba, en la elección de carrera, el gusto por una profesión que aún no había tenido ocasión de conocer, sino su afición irresistible a las ciencias matemáticas, que constituían el nervio de la preparación para el ingreso en la Escuela especial.

Echeagaray, alumno, da pruebas inequívocas de sus aptitudes, obteniendo excepcionales calificaciones por todas las pruebas, obteniendo en todas las calificaciones más brillantes, y a los veintidós años termina la carrera, nú-

mero uno de su promoción, y es destinado al distrito de Granada, donde el jefe le fija su residencia en Almería.

¡Primera desilusión! Echegaray hubiera deseado alguna obra importante que le permitiera aplicar su ciencia; en Almería tenía, como única labor, conservar una carretera de cinco kilómetros y vigilar la monótona prolongación de un muelle de escollera. "¡Para esto, tantos años de estudio!" Echegaray distrae su aburrimiento y alivia su tristeza con el estudio de las obras de Lagrange, de Legendre, de Gauss, estudio que alterna con lecturas literarias, a las que siempre fué también gran aficionado, sin que por entonces despertara todavía en él aquella actividad a la que más tarde dedicó buena parte de su vida.

La situación vino a complicarse con una persistente infección palúdica, que le obligó a pedir una licencia, y poco después es trasladado al distrito de Valladolid, donde tampoco permanece más que meses, por ser llamado a la Escuela como profesor, cuando aún no tenía sino veintitrés años.

Echegaray se encontraba de nuevo en Madrid, en condiciones que podrían parecer las más favorables para que se dedicara a sus aficiones favoritas; su mismo cargo era un incentivo: la explicación de las asignaturas de Matemáticas, que le estaban encomendadas, le ponía en contacto obligado con las ciencias de su predilección, y, fruto de sus esfuerzos por presentarlas a sus alumnos con la máxima claridad, fueron varios de sus trabajos, reducidos unos a simples apuntes y publicados otros por la REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS o por la Academia de Ciencias. Son de aquella época sus *Problemas de Geometría*, sus *Determinantes*, sus *Teorías modernas de la Geometría*, su *Cálculo de variaciones*, su *Termodinámica*, su *Teoría matemática de la luz*...

Pero había circunstancias que impedían que Echegaray se dedicara de lleno y por entero al cultivo de la ciencia: las exigencias de la vida empezaban a pesar sobre él, que acababa de constituir una familia y tenía que sostener su hogar, con agobios económicos de que su mezquino sueldo no llegaba a librarle, ni tampoco aquellas obras que, escritas para un reducido círculo de lectores, no le producían el menor ingreso.

Para salir de apuros, Echegaray intenta dedicarse a la enseñanza particular; pero para ello necesitaba abandonar la Escuela, pues la enseñanza de la que podía esperar rendimientos importantes era precisamente la de las materias que constituían el examen de ingreso en aquélla. Dispónese a hacerlo, pero no le dejan; era en la Escuela insustituible, y se le niega el pase a supernumerario; y lo mismo más tarde, cuando intenta salir de nuevo, solicitado por D. José Salamanca para colaborar como ingeniero en la construcción de los ferrocarriles italianos, que el emprendedor banquero había tomado a su cargo.

Echegaray se lamenta amargamente, en sus *Recuerdos*, de que el Estado, con aquellas negativas, le impidiera hacer una fortuna, a lo que tenía indiscutible derecho; pero, aunque injusta, la resolución obedecía, sin duda, a un noble anhelo: el de conservar, para la ciencia pura y desinteresada, hombre que tantas aptitudes tenía para ella; sólo que el remedio se quedaba a mitad de camino, pues lo lógico hubiera sido completar la medida con una remuneración decorosa; pero a ello se oponían las uniformidades administrativas y las estrecheces del presupuesto.

A las preocupaciones y apremios familiares se sumaban también, en el Madrid de entonces, otras ocasiones y motivos que tendían a desviarle del estudio de la ciencia pura, o, por lo menos, a impedirle que se consagrara a ella con aquella dedicación ferviente y exclusiva exigida por la labor original y fecunda. Los años que precedieron a la Revolución septembrina fueron de gran

pasión política, de lucha incesante entre el espíritu nuevo y la tradición arcaica, pujante el primero, henchido de fe y de entusiasmo, recelosa e irreductible la segunda, y, entre ambos, un poder sin ideal definido, inhábil y desprestigiado e igualmente combatido por los partidos extremos.

Echegaray, hombre de fe liberal, de tendencias progresivas, simpatizaba con las nuevas ideas; pero la lucha política no era su elemento, al menos la lucha diaria por los intereses de partido, necesaria a veces, pero con frecuencia impregnada de lamentables impurezas, que repugnaban a su espíritu delicado y hacían vacilar su fe en la virtualidad de los ideales.

Pero aun entonces la política tenía múltiples facetas, y no era la menos importante, por aquellos días, la que se relacionaba con las cuestiones económicas, más bien estudiadas desde el punto de vista de los principios que desde el más fecundo, pero también más complicado y difícil, de las realidades nacionales y sociales. Las propagandas a favor del libre cambio, de las que era el alma el infatigable D. Gabriel Rodríguez, también, como Echegaray, profesor de la Escuela de Caminos, habían comenzado a commover los ánimos, prometiendo todo género de bienandanzas de la libertad económica íntegra y resueltamente aceptada.

No había prestado hasta entonces Echegaray gran atención a estas cuestiones; pero la lectura de las *Armonías económicas*, de Bastiat, que D. Gabriel Rodríguez le suministrara, abrió a sus ojos nuevos horizontes; la sencillez de los principios, el lógico rigor de las consecuencias conquistaron su espíritu, formado en las disciplinas matemáticas, de las que parecía ser un reflejo la nueva ciencia que, con símbolos o sin ellos, se presentaba con todos los caracteres de una ciencia de razonamiento.

Nuevo convertido, entró en la liza con todos los ardores del neófito, y con D. Gabriel Rodríguez fundó *El Economista*, en el que escribió numerosos artículos, y ambos, más tarde, con Moret, con los Bonas, con San Román, Figuerola y Pastor, la sociedad para la reforma de los aranceles de Aduanas, en la que hizo sus primeros ensayos como orador en el Ateneo y en la Bolsa.

La fama de Echegaray como hombre de ciencia había traspasado ya el círculo de sus amigos e inmediatos admiradores, y la Academia lo llamó a compartir sus trabajos en 3 de abril de 1865, tomando posesión de su cargo en sesión pública de 11 de marzo de 1866, en la que le dió su bienvenida, en nombre de la Academia, D. Lucio del Valle, el eminente ingeniero que dió cima a la construcción del canal que conduce a Madrid las aguas del Lozoya.

El discurso de recepción que en aquella ocasión leyera Echegaray — discurso que fué, más tarde, motivo de alguna discusión apasionada — revela sus íntimas aficiones, y tal vez pudiera escucharse en él, también, como el eco de las contrariedades que le produjera el verse desviado y entorpecido para seguir el camino por donde su vocación le llamaba.

Era el tema la "Historia de las Matemáticas puras en nuestra España", y el orador llama hacia él, desde el principio, la atención de la Academia, porque su importancia, "los arduos problemas que encierra y su inmensa trascendencia para el porvenir le hacen digno de estudio y meditación; que al fin es la ciencia, por más abstracta que en sus concepciones a primera vista parezca, germen fecundo de progreso para pueblos, enérgico purificador del alma, luz que alumbra a la humana inteligencia con divinos resplandores".

Y, para definir mejor el objeto de que se trata, añade: "Y entiendo por Matemáticas puras la ciencia eminentemente racional, no la Física, ni la Astronomía, ni todas aquellas que, si bien acuden al análisis alge-

braico o geométrico como a poderoso auxiliar, son, por su naturaleza y por el carácter de los fenómenos que estudian, verdaderas ciencias de observación."

Pero, al desarrollar su tema, Echegaray comprueba con infinita tristeza el papel insignificante que España representa en el desarrollo moderno de esa ciencia, la absoluta carencia de nombres españoles que poder oponer a un Newton, a un Viete, a un Fermat, a un Laplace, a un Lagrange, a un Euler, a un Leibnitz, a un Abel. Compara a España, en este respecto, con la antigua Roma; tampoco ésta puede presentar un solo nombre ilustre que pueda parangonarse con los grandes géometras de Grecia; con los Euclides, con los Arquímedes, con los Apolinio. "Quizá hallaréis —dice— nombres respetables; respetables, sí, pero grandes géometras, genios potentes, de esos que graban como con sello divino su nombre inmortal en un siglo y le hacen suyo, no, no los busquéis, que ni en Roma ni en España podréis hallarlos; y doy a mi patria, en su aflicción, ilustre compañera, Roma, que es cuanto hacer por ella puedo."

Sólo por corto tiempo, y en época no de las más brillantes en el desarrollo del pensamiento matemático, durante la dominación musulmana, preséntase nuestra patria como maestra. "España fué entonces, pero no la España cristiana, el centro del saber en Europa: en las célebres escuelas de Córdoba, de Sevilla, de Murcia y de Toledo se enseñaba toda la ciencia acumulada durante tantos y tantos siglos en Oriente. De todas partes, de Inglaterra, de Francia, de Italia, de Alemania, acudían extranjeros ganosos de saber, buscando en los árabes españoles los ricos tesoros de la codiciada ciencia."

Mas al llegar aquí, aun reconociendo que tuvimos entonces en ciencias matemáticas sabios ilustres, añade: "Pero cuenta que aquellas nuestras glorias son glorias de los árabes españoles. Y si del pueblo enemigamos; sí, como redujimos a ceniza sus bibliotecas, reducimos a ceniza, en el fuego de nuestro odio tradicional, el recuerdo de tanto y tanto geométra árabe; si como arrojamos de nuestro suelo, que era también el suyo, a sus infelices descendientes, arrojamos de nuestra historia aquellas sus pasadas glorias, ninguna, que sólo a nosotros pertenezca, nos queda."

Y cuando, más adelante, examina la labor del siglo XVII, siglo heroico de geniales progresos, su lamentación raya con la congoja. "Abro —dice— la *Biblioteca hispana*, de D. Nicolás Antonio, y en el índice de los dos últimos tomos, que comprenden del año 1500 al 1700 próximamente, tras muchas hojas, llenas de títulos de libros teológicos y de místicas disertaciones sobre casos de conciencia, hallo, al fin, una página, una sola, y página menguada, que, a tener vida, de vergüenza se enrojeciera, como de vergüenza y de despecho se enrojece la frente del que, murmurando todavía los nombres de Fermat, de Descartes, de Newton, de Leibnitz, busca allí algo grande que admirar y sólo halla libros de cuentas y geometrías de sastres."

Y la misma triste y lamentable inferioridad encuentra en el siglo XVIII y en el XIX, siglos en que la ciencia continuaba la marcha triunfal que en el XVI y el XVII había iniciado. Pero al llegar aquí abre el pecho a la esperanza, nota señales de regeneración, observa los adelantos recientes en el estudio de las Matemáticas, y, aunque todavía no pudiera mostrar ningún descubrimiento español verdaderamente importante, aliviaba sus pesares pensando que "cuando tan rezagada queda una nación, harto hace con alcanzar a las que en tres siglos la aventajan", y expresa su confianza en los futuros progresos de España: "El porvenir es suyo, su voluntad será enérgica, el campo del saber es infinito, y genios tendrá cuando, libre de fatales trabas, y conquistada la libertad filosófica, que es la libertad del pensamiento, se lance de lleno al estudio de esta gran ciencia, que dió a

Descartes, a Newton y a Liebnitz nombre inmortal."

Termina aquel discurso con un canto en loor de la ciencia pura, y en el que rechaza la actitud de los que sólo se preocupan por sus aplicaciones: "Es la ciencia eminentemente útil, no de una manera indirecta por sus aplicaciones, sino directa e inmediata, porque directa e inmediatamente y por su propia virtud satisface altísimas necesidades humanas, y del mismo modo que el cuerpo busca el pan de cada día, busca el alma, hambrienta de belleza y de verdad, algo que satisfaga las aspiraciones a lo infinito de su inmortal esencia." Esto no excluye la aplicación práctica de la verdad abstracta; más bien puede decirse aquí: "Amad a la ciencia por la ciencia, a la verdad por la verdad, que el resto se os dará por añadidura." "Si un pueblo no ama a la ciencia pura, y con ella fortifica su corazón, caerá fatalmente en vergonzoso embrutecimiento, y, desdeñado por todos, extraño a la vida del pensamiento, sufrirá la pena del olvido, triste muerte de todo pueblo que no ha sabido conquistar su inmortalidad en la historia."

Este discurso levantó acerbas críticas: hería en lo vivo el orgullo nacional, no tan deprimido entonces como en tiempos posteriores, pero hería también hondos sentimientos y añejas preocupaciones que en aquellos días de lucha se aprestaban para decisivas batallas. Echegaray reconoció algo más tarde que se había excedido un poco al inculpar de todo nuestro atraso exclusivamente a la Inquisición y al fanatismo religioso; pero el hecho escueto quedaba incommovible, y toda la inmensa erudición de un Menéndez Pelayo no pudo oponer, a la acusación de inferioridad formulada por Echegaray, ni un hombre ni una obra de suficiente altura para que pudiera hacer vacilar sobre la justicia del fallo.

Aquel discurso envolvía, sin embargo, un ansia de regeneración, una confianza. Echegaray era, el porvenir; constituía un programa. Echegaray era, quizá, el hombre llamado a realizarlo, pero la situación no era tampoco propicia. Dos años después la Revolución triunfa, y Ruiz Zorrilla, ministro de Fomento, nombra director de Obras públicas a Echegaray, que deja sus cátedras de la Escuela para ser absorbido en los torbellinos de la política.

Desde la Dirección, en las Cortes, en el Ministerio después, Echegaray dió claras muestras de su fecundo talento y de su profundo buen sentido, que mitigaba las exageraciones de la teoría con la apreciación serena de la realidad. Obra suya fué el actual Banco de España, y él, individualista empérrimo, que veía en la libre concurrencia el gran motor de la moderna vida económica, establece la circulación fiduciaria única y la entrega en monopolio al nuevo Banco de emisión. Pero las circunstancias imperiosamente lo exigían, y Echegaray no vacila: abatido el crédito, agotados los impuestos, esterilizada la desamortización, que hubiera podido ser fuente de cuantiosos ingresos, y ante la necesidad de mantener los enormes gastos de la guerra que desde hacía dos años afligía a la mayor parte de las provincias, era precisa una potencia financiera que, sin desatender las funciones propias de su instituto, llegara en ayuda de la Hacienda pública, prestándole una elasticidad de que desgraciadamente carecía.

Y no deja de vislumbrar los peligros de su nueva creación, y por eso los señala estrictamente en el preámbulo, advirtiendo que, si en ciertos momentos críticos puede servir el Banco un auxiliar eficaz de la Hacienda, "hay que ser prudente hasta el último extremo, y cauteloso hasta la exageración, en pedir al Banco nacional anticipos a cuenta de los 500 millones" que la disposición destinaba a estos efectos. Su buen sentido reprime por igual al teórico y al arbitrista.

La Revolución pasó y Echegaray abandonó la política, y sólo una vez volvió a ser ministro de Hacienda

da, en 1905, cediendo a insistentes ruegos de D. Eugenio Montero Ríos, que presidió aquella situación. Su labor y sus intervenciones parlamentarias le hicieron cosechar nuevos triunfos. Algunas de sus frases de entonces, como la que recomendaba *el santo horror al déficit*, hicieron fortuna; pero aquello fué ya sólo un episodio de la vida de Echegaray, cuya principal actividad estaba reconcentrada en el Teatro.

No he de hablar de Echegaray en lo que a esta actividad respecta; personalidades mucho más competentes que yo se han encargado de hacerlo; pero sí querría hacer notar que, con representar tanto en la vida de Echegaray su considerable labor en este dominio, no ocupaba en sus aficiones el lugar preferente que a las Matemáticas consagraba. Así lo declaró más de una vez:

“Ocasiones hubo —decía a quienes le preguntaban— en que, el afán de ganar dinero, de resolver el problema de la vida, me animó a cultivar la dramática. En cambio, mi afición a las Matemáticas era más desinteresada, más pura, más honda, más grande, en una palabra.”

Con su actividad literaria alternó también Echegaray una labor vulgarizadora de la ciencia de su tiempo; pero en el ambiente general de la época, distraído y superficial, la vulgarización de la Matemática pura no permitía esperar grandes éxitos, y Echegaray se limita a las ciencias de observación y a las aplicaciones que más directamente de las Matemáticas reciben inspiración y desarrollo. Sus *Teorías modernas de la Física*, sus numerosos artículos en la prensa diaria, que, con el título de *Ciencia popular*, recogió en un libro el Cuerpo de Ingenieros de Caminos, para colaborar en el homenaje que la nación le tributara con motivo de la concesión del premio Nóbel, y algunos otros aparecidos en revistas de público más restringido, corresponden a esta serie de trabajos, entre los que culminan dos que revelan su amor por la ciencia pura y el supremo lugar que le asignaba en la jerarquía del saber; son *El método racional y el método empírico en las ciencias físicas y Carácter de los conceptos matemáticos*.

Imposible analizarlos aquí, pero no resisto a recordar un párrafo en el que quiere resumir la última aspiración de la ciencia:

“Se condensaron —dice— los hechos en leyes empíricas; se han reducido éstas a un corto número de hipótesis que son, en rigor, grandes síntesis; pero falta completar la obra, reducir todas las hipótesis a una, y, si es posible, hacer que esta ley única pierda su carácter empírico, se *racionalice* por completo y busque en la filosofía su verdadero origen y su natural deducción.”

Aspiración grandiosa, que la ciencia tal vez nunca llegará a realizar, pero que demuestra las íntimas tendencias de Echegaray, su amor por lo absoluto, y lo absoluto eran para él las Matemáticas, como emanación eterna de la Inteligencia suprema.

En sus últimos años Echegaray abandona el Teatro; los gustos del público habían cambiado, pero él no podía cambiar ya sus gustos ni su temperamento, y se refugió en el estudio de sus ciencias favoritas. En realidad, nunca las había abandonado del todo, ni aun en la época de sus grandes triunfos teatrales: de 1887 son sus *Disertaciones matemáticas sobre la cuadratura del círculo, el método de Wantzel y la división de la circunferencia en partes iguales*, escritas con motivo de una demostración de Lindeman, que adivina antes de conocerla.

En 1895 inaugura en el Ateneo los cursos de estudios superiores, explicando uno sobre “Resolución de ecuaciones de grado superior y teoría de Galois”, al que siguió otro sobre “Funciones elípticas”.

En 1905 es llamado a explicar Física matemática en la Universidad Central, cuando tenía setenta y tres años,

e inaugura el curso académico con un discurso sobre “La Ciencia y la Crítica”, en el que examina cómo las grandes teorías de antaño empezaban a desmoronarse al contacto con nuevos hechos y al embate de nuevas ideas. No deja de arrancarle el espectáculo tristes ayes, aunque procura reconfortarse con la esperanza de un porvenir más halagüeño: “Cuando acabe esta crisis es seguro que brillará la verdad con mayor esplendor; pero, entretanto, la confusión es dolorosa para los antiguos creyentes, como para el creyente que pierde su Dios y sus altares, su fe y sus esperanzas.”

Mas, cualquiera que sea el resultado, lo acepta y lo desafia en aquellas frases con que el discurso termina:

“Pero, ¿qué importa? La grandeza de la ciencia humana está en acometer grandes empresas, aunque no las realice del todo. La raza humana dice: el tiempo es infinito; pues adelante, y a ver quién se cansa más pronto: la sombra de querer ser sombra, o la luz de querer iluminarla.”

¡Recia contextura de viejo que todo lo concentraba en el querer!

Durante diez cursos consecutivos explica todavía su asignatura, abordando temas distintos de la Física matemática, cuyas lecciones fueron recogidas en otros tantos volúmenes, el último de los cuales lleva fecha de 1916, precisamente en el año en que se extingue esta gloriosa vida, toda ella dedicada al estudio y al trabajo, merecedora, sin duda, del más rendido tributo de respeto y de admiración.

Cumplen, al otorgárselo, un inexcusable deber las Corporaciones que se honraron teniéndole en su seno; pero, como ya decía al principio, estas evocaciones son también fuente de utilísimas enseñanzas, y no de una utilidad material y egoísta, impropia de ser invocada en ocasión semejante, sino de aquella utilidad moral que brota de los altos ejemplos y va formando, a través de las edades, la conciencia de los pueblos, sin que haya que buscar en ella el hecho escueto, la interpretación literal, la imitación servil, sino el espíritu que anima y vivifica, y que, por encima de todas las cambiantes realidades concretas, establece una verdadera comunidad entre los vivos y los muertos.

Las instituciones se derrumban, las sociedades se transforman, el arte toma nuevos rumbos, las teorías científicas pasan; pero, en los pueblos que no están llamados a desaparecer, hay algo que mantiene la continuidad de la historia, y ese algo es, ante todo y sobre todo, *voluntad*; es ese *querer* que antes recordaba, amparado de la mágica palabra del maestro; ese querer que es tantas veces poder, y que no debe encontrar más limitaciones que las que emanen de los imperativos del deber.

Pero ese poder, con ser a veces tan grande, no siempre acierta a vencer la indiferencia social, la inercia colectiva, y se agota o se desvía por derroteros distintos de los que el querer señalaba. ¿Y no es en esa falta de ambiente, más que en ingénita inferioridad de la raza, donde hay que buscar la causa del atraso científico de España, que con tanta elocuencia deploraba Echegaray en sus años mozos? Cuestión ardua y que no es del caso discutir; pero, si hay que reconocer cuánto ha cambiado la situación en este punto, merced, en gran parte, al esfuerzo y a la labor del hombre a quien rendimos este homenaje, no podemos aún vanagloriarnos de que haya por completo desaparecido el motivo de sus lamentaciones.

Por eso hay que procurar, por todos los medios, extender y fortalecer ese ambiente; que todos lo quieran y que todos cumplan con el deber de hacer lo que puedan. Con ello contribuirán al resurgir de España, de esta España que siempre estuvo en el pensamiento y en el corazón de Echegaray.